

La alargada sombra de Marx

Ricardo Ribera*

Marx, fundador del más moderno y contemporáneo pensamiento crítico y radical, bajo cuya sombra intelectual seguimos todavía viviendo y cuya herencia teórica seguirá vigente, necesariamente, mientras continúe con vida este injusto e irracional capitalismo contemporáneo que él mismo ayudó con tanta agudeza y claridad a diagnosticar y a entender, siempre en el ánimo de ayudarnos a superarlo para construir sobre sus ruinas un futuro realmente diferente y mejor.

Carlos Antonio Aguirre Rojas

“Soy marxista desde que tengo uso de razón; es decir, siento que no empecé realmente a usar la razón sino hasta que leí a Marx y me hice marxista.” La frase parece desmesurada, en especial en esta época nuestra tan falta de fe, tan descreída e incrédula; sin embargo, no lo era para muchos que vivieron apasionadamente el credo marxista¹ en la pasada centuria y que enrumbaron sus vidas desde la convicción en la superioridad moral y la fuerza racional de los postulados de Marx. Nos toca ahora, a la altura de nuestra época, buscar un balance y tratar de equilibrar la valoración sobre la obra de Marx, destacando sus aportes y a la vez subrayando aquellos aspectos en que ésta aparece obsoleta, superada o errónea. Actualizar la problemática que Marx abordó en el siglo XIX, a partir de los conocimientos y los desarrollos teóricos que hemos acumulado desde entonces, resulta imperativo a la vista de los logros, las contradicciones, los crímenes y las calamidades que el capitalismo ha acumulado.

Posicionarse sobre la obra de Marx tiene implicaciones de carácter político debido al modo como aquél desarrolló sus teorías, totalmente imbricadas con la crítica radical a la sociedad burguesa y mediadas por su compromiso personal con el movimiento socialista de su época. Por ello, no es posible desde posturas apolíticas o reaccionarias comprender a cabalidad los postulados de Marx ni su intencionalidad última. Esto no desdice el carácter científico, racional y objetivo de su

* Catedrático del Departamento de Filosofía, UCA. Correo electrónico: rribera@buho.uca.edu.sv.

1. Utilizo la expresión “credo marxista” tomando en cuenta las apreciaciones de José Carlos Mariátegui, intelectual marxista y fundador del partido de los comunistas peruanos, para quien el marxismo era “la religión de nuestros tiempos” y defendía “la fuerza del mito” presente en el marxismo, frente a lecturas científicas que prevalecían en su época por parte de la tercera Internacional dirigida por Moscú.

obra teórica. En ello reside justamente uno de los aportes del planteamiento de Marx: su concepción de que la ciencia social, para ser ciencia, debe ser esencialmente crítica. De ahí su afirmación, en apariencia contradictoria, de que el materialismo histórico se convertirá en fuerza material una vez el proletariado se lo apropie y lo haga suyo². Es decir, la concepción científica y materialista de la historia jugará el papel de una ideología, al servicio de las clases populares en lucha por su liberación. No hay neutralidad posible en las ciencias sociales, lo cual no rebaja su cualidad de ciencias, sino que eleva su saber al rango de las verdades que deben pasar la prueba de veracidad en la praxis histórica y social.

No puede haber neutralidad porque se trata de analizar adecuadamente la lucha de clases, que ocupa un lugar central y determinante en el decurso histórico, y dicho análisis no puede hacerse sino desde dentro de dicha confrontación, desde un punto de vista de clase. Quien pretenda que su perspectiva se halla “por encima” de las clases, lo más probable es que nos ofrezca en realidad las opiniones de las clases dominantes. Objetividad y neutralidad no son sinónimos en el terreno de lo social; por el contrario, quien pretende “no tomar partido” ya de hecho lo ha tomado de antemano. De ahí el carácter crítico y comprometido de dichas ciencias sociales, pues su objeto de estudio es en última instancia el ser humano. También de ahí que el enfoque de Marx sea humanista desde su propia raíz, contrapuesto por definición a las posturas científicistas y asépticas, racionalistas o positivistas³. Desde el descubrimiento de la lucha de clases en la historia, solo asumiendo las consecuencias teóricas y prácticas de dicha realidad fáctica podrá la ciencia social adquirir coherencia.

Por otra parte, dicha coherencia opuesta a la imparcialidad clasista es, sin embargo, contraria a la parcelación del conocimiento. El punto de vista que Marx siempre defiende es el de la totalidad. Nada está aislado, todo está interrelacionado y, por tanto, nada debe ser analizado aisladamente. Es por ello que el materialismo histórico se propondrá abarcar los distintos ámbitos de la realidad humana y social, superando las visiones fragmentadas y falsamente especializadas. La ideología burguesa, al contrario, impulsó la especialización y parcelación de las ciencias sociales, de modo tal que se pierde la visión del conjunto y la perspectiva de la totalidad. Desde nuestra contemporaneidad, Immanuel Wallerstein⁴ ha reclamado por esa concepción burguesa que ha multiplicado disciplinas, cada una de las cuales pretende por separado constituirse como verdadera ciencia: antropología, psicología, sociología, historia, economía política, —y más modernamente— ciencias políticas, macroeconomía, demografía, antropología social, geografía humana, psicología social, demoscopia, etc. No es suficiente reconocer que se necesitan equipos multidisciplinares tanto para realizar investigación y producción de nuevo conocimiento como para la aplicación eficaz de los resultados. Hay que retornar al criterio de unicidad de la ciencia social. En esto Wallerstein se apoya en Marx, quien enfatizaba: “No conozco más que una sola ciencia; una ciencia única que es la ciencia de la historia”. El ámbito de la historia incluye para Marx tanto la idea de “proceso” como la categoría “estructura”. Se deben estudiar las estructuras de la sociedad desde la perspectiva del proceso histórico en que ésta se inserta y analizar el proceso desde el punto de vista de la evolución y cambio de las estructuras sociales.

2. En las *Tesis sobre Feuerbach*, Marx escribe que si bien es cierto que el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, también es cierto que esta filosofía se convertirá en fuerza material una vez el proletariado la conozca y la haga suya.
3. Ver los argumentos de Adolfo Sánchez Vásquez, en controversia con Louis Althusser, en “El marxismo es un humanismo”, texto utilizado como prólogo a la edición en español de Marx *Cuadernos de París*.
4. En el primer tomo de *El moderno sistema mundial*.

Marx llega a este enfoque desde la relevancia que descubre en el mundo de la economía, el cual no es sino la expresión de las condiciones de “la vida material” de los seres humanos a que hacía referencia en sus primeros textos más filosóficos. Hace énfasis en el materialismo enfrentado al idealismo filosófico de la época: “No es la conciencia”, le reprocha a Hegel, “la que determina la realidad social sino, inversamente, es la realidad social la que determina las formas de conciencia individual y social”⁵. Este enfoque inicial orientará su investigación posterior: la base económica de una sociedad, su modo de producción y, en su núcleo más central, las relaciones sociales de producción, determinan en última instancia las distintas formas de la conciencia que constituyen su superestructura jurídico-política e ideológica en general. Así, se desplaza el centro de atención de la esfera del Estado y sus luchas políticas hacia el sustrato de la economía y de las clases sociales, lo que se convierte en fundamento de una nueva teoría de la historia. Marx invierte a Hegel, quien ha planteado que es el Estado el que constituye al ciudadano y a la sociedad civil, para defender que es la sociedad el escenario principal de la historia. Es ahí donde se desarrolla la lucha de clases, la “historia real”, mientras lo que acontece en torno al poder del Estado es sólo su reflejo. No hay por tanto Estado “neutral”, sino Estado de clase, al servicio de la clase dominante⁶.

Consecuente con lo anterior, Marx confrontó con Bruno Bauer, su antiguo compañero de los círculos hegelianos de izquierda, cuando éste enfatizó en exceso el papel del individuo que se ha diferenciado de “la masa” para realizar la historia. Marx, por el contrario, proclamó la dignidad de las masas, reclamando para ellas el papel de “verdaderas protagonistas de la historia”. Una postura tal vez excesiva —aunque

entendible en el calor del debate— si se quiere leer de manera fundamentalista que Marx hace desaparecer el papel del individuo. En todo caso, la propia historia del marxismo en cuanto movimiento político lo desmiente claramente⁷. Sin embargo, aunque los líderes y las grandes personalidades históricas existen y van a seguir surgiendo, ese fue un aporte decisivo para superar la historia tradicional reducida a presentar biografías de políticos, generales y estadistas. Con Marx nace la ciencia social en el sentido de que se plantea como problema —y a la vez como solución— a la masa de seres humanos anónimos, gentes trabajadoras, como agentes y sujetos del proceso histórico. No desarrolla Marx una dialéctica como la de Hegel entre dirigentes y dirigidos. Coloca en su lugar la dialéctica de la lucha de clases, verdadero motor de la historia.

Fundamenta esta concepción una categoría que resulta central en el materialismo histórico; la categoría “modo de producción”. Escribe Marx en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*: “A grandes rasgos podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués.” Resalta en esta teoría de la historia la noción de progreso, muy propia de la época decimonónica en que Marx vivió, aunque muy desprestigiada en nuestros días. Por otra parte, el esquema resulta muy eurocéntrico⁸. Marx no hace sino presuponer que el resto de la humanidad seguirá los pasos de Europa, que los demás pueblos estarían “atrasados” respecto a ella, desde una idea preconcebida sobre un curso único e idéntico del proceso histórico. Sin embargo, no hay ninguna evidencia de que del modo de producción asiático haya habido una evolución hacia el esclavismo; al revés, ha

5. Ver el desarrollo de esta idea en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*.

6. Por ahí comenzó Marx su confrontación con la filosofía de Hegel, desde su primera obra de juventud que se centró en la crítica a la filosofía del derecho y del Estado de Hegel.

7. No podría separarse la historia de la revolución rusa de la figura de Lenin; la revolución china, de Mao (el “máximo timonel”); el proceso cubano, del liderazgo de Fidel Castro, etc.

8. Este aspecto lo he desarrollado con mayor detalle en “¿Qué Marx se leerá durante el siglo XXI?” Disponible en <http://www.uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/Que%20Marx%20se%20leera%20durante%20el%20siglo%20XI.pdf>.

sido la estabilidad la tendencia de dichas sociedades. No hay verdadera lucha de clases en ellas, pues ese modo de producción tributario tiende a generar castas, no clases sociales, y una centralización exagerada en el Estado, el llamado “despotismo oriental”⁹. De manera que, en términos estrictos, la categoría “modo de producción” resulta menos universal de lo que Marx creía y su aplicación debería ceñirse a la historia europea. La historia de la humanidad no es, por tanto, la historia de los modos de producción sucesivos en la manera como los pensó Marx. Queda por dilucidar la grave cuestión sobre las características del futuro modo de producción socialista, para no recaer en los modelos de capitalismo de Estado¹⁰ en que derivaron las sociedades del “socialismo real” del siglo XX. Éstas se contaminaron de elementos propios del “despotismo oriental”, por lo que la investigación sobre ese mal llamado modo de producción asiático, su lógica interna y su evolución, se vuelve imperiosa.

“La historia de la humanidad hasta nuestros días ha sido la historia de las luchas de clases” es la primera frase del *Manifiesto del Partido Comunista*. Y sigue una descripción somera: “Libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en suma, opresores y oprimidos en una lucha ininterrumpida [...] Nuestra época, la de la burguesía, ha simplificado las contradicciones de clase [...] en dos grandes campos enemigos, dos grandes clases”. Hay en esta visión resumida y simplificada que ofrece el *Manifiesto* un esquema polarizado que no termina de ajustarse a los hechos históricos. Ni la sociedad esclavista evolucionó como resultado de la contradicción principal entre libres y esclavos, ni el feudalismo lo hizo por el antagonismo de siervos y señores. La tendencia a una polarización proletariado-burguesía en el capitalismo resulta más aceptable en términos económi-

cos. No obstante, en términos históricos, el siglo XX es rico en ejemplos de revoluciones protagonizadas no por la clase obrera, sino por las masas campesinas, y de movimientos democrático-revolucionarios donde sobresale la actividad de las capas medias. En las sociedades donde el proletariado es más numeroso y desarrollado, éste ha tendido a ser absorbido ideológica y políticamente por la pequeña burguesía. De manera que el planteamiento de Marx aparece insuficiente en buena medida. Requiere de desarrollos posteriores, al modo como procedió Antonio Gramsci al plantear el concepto “hegemonía” para captar el mecanismo efectivo de dominación que ejerce la burguesía en el mundo desarrollado y estructurar estrategias para revertir su dominio hegemónico¹¹. Si las clases subalternas deben disputar la hegemonía ideológica como estrategia central, pareciera que el marxismo se inclina finalmente a la tesis hegeliana de que es en la esfera del pensamiento y del control del Estado donde se centra el curso de la historia. Además, la disputa por las capas medias puede resultar decisiva, tal como demostró la experiencia histórica del ascenso del fascismo, algo que nuevamente está más cerca de las intuiciones hegelianas que de las marxistas.

El retorno del fantasma de Hegel, nunca definitivamente enterrado por Marx, se desprende asimismo del retoque que Engels hará de la primera frase del *Manifiesto*: “Debe escribirse la historia *escrita* de la humanidad” a la vista de los descubrimientos antropológicos de Morgan de la existencia de la comunidad primitiva en un tiempo previo al surgimiento de las clases. En ese mundo prehistórico no habría relaciones de explotación, sino de colaboración, por lo cual Engels decidirá caracterizarlo como una época de “comunismo primitivo”. No cae en la cuenta de que el esquema general de la historia de la humanidad

9. Desarrollado más extensamente en Ribera, R., “El pensamiento filosófico oriental”. Disponible en <http://www.uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/ribera7.pdf>.

10. Lo he analizado en “La guerra fría. Breves apuntes para un debate”. Disponible en <http://www.uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/la%20guerra%20fria.pdf>.

11. Hay una importante obra publicada en El Salvador, la de Díaz-Salazar, R., *Gramsci y la construcción del socialismo*, San Salvador: UCA Editores, 1993.

se desliza entonces a la figura del círculo que se corresponde mucho con la idea hegeliana: el inicio coincide con el final, la humanidad habría despegado del comunismo para alcanzarlo asimismo al fin del recorrido histórico. Late una concepción teleológica y determinista en esa figura circular.

Concebida al modo de Engels, la lógica del proceso histórico tiende a imponerse sobre los actores y el final del mismo se constituye en un *telos* que arrastra hacia sí al conjunto del devenir; debe dejarse entonces que la historia “se realice” según ese fin predeterminado. Ha cambiado la descripción del mismo con respecto a la de Hegel, pero no el determinismo ni la concepción teleológica. Esta no es propiamente la visión de Marx, quien planteó en ocasiones el carácter abierto de la historia, cuyo devenir dependerá de la acción humana. Pero lo ha sido en la versión “ortodoxa” y dogmática que promovió el socialismo real del siglo XX. Marx se limitó a señalar los términos de una dialéctica global, según la cual la humanidad ha de pasar “del reino de la necesidad al reino de la libertad”. El ser humano en la sociedad del futuro, autorregulada, de libre asociación, será un ser “rico en necesidades”, sobre todo de carácter espiritual, y por ende un ser inmensamente libre. Sólo en la sociedad comunista del futuro el hombre será “plenamente humano”. El conjunto de la historia sería el proceso de constitución del sujeto humano, por lo que viene a ser un proceso sin sujeto, como en Hegel. En este sentido, estaríamos atravesando, por tanto, una larga etapa de “prehistoria”, y sólo el advenimiento del comunismo significará el real comienzo de la historia del ser humano.

Cabría objetar que esta historia carecerá de “motor”, puesto que, extinguidas las clases sociales, no habrá lucha de clases. Pero Marx se adelanta a esta objeción cuando en la *Contribución a la crítica de la economía política*,

donde ya tiene plenamente desarrolladas las concepciones del materialismo histórico, plantea un motor diferente: la contradicción de las fuerzas productivas con las relaciones sociales de producción. Se abre una época de revolución social cuando éstas, en vez de favorecer el desarrollo de las fuerzas productivas, han pasado a convertirse en trabas suyas¹². La teoría de la historia de Marx arriesga con esto caer no solo en un economicismo determinista, sino incluso en un misticismo de nuevo tipo, pues no se sabe por qué misteriosa razón tienen tal poder mágico las fuerzas productivas. El misticismo de Hegel presentando al Espíritu Absoluto como verdadero sujeto histórico reaparece en esta variante materialista. Una variante que no se apoya en datos empíricos, sino en la intuición del autor, así como Malthus no buscó en datos de la realidad su enunciado de que mientras la producción de alimentos crecía en forma aritmética el crecimiento demográfico lo hacía según una progresión geométrica. Marx ha procedido de manera similar en su postulado de las fuerzas productivas “chocando” con la traba de las relaciones de producción. Es decir, es la parte supuestamente “científica” de su teoría lo más débil de su propuesta.

En cambio, el lado dialéctico de su teoría de la historia demuestra más coherencia. Es en el enunciado “socialismo o barbarie”, presentado en el *Manifiesto*, donde se realiza que se trata en el fondo de campos de posibilidad que se abren al ser humano, forzado siempre a tomar opción, aunque “no en condiciones libremente escogidas, sino que aparecen ante él y que le son dadas”. Si no triunfa el socialismo en algún momento del futuro, éste será la barbarie, pues el capitalismo conduce a ella. La historia no se hace sola ni se determina a sí misma, ni hay un final preestablecido. La contienda puede terminar en “la común ruina de las clases en pugna”, en la barbarie. O simplemente —cabe añadir a la altura del desastre ecológico y de las tensiones militaristas del siglo XXI— a

12. Marx llega a escribir: “Las fuerzas productivas harán estallar las relaciones de producción capitalistas”. Muy probablemente se inspira en las consecuencias que extrae de sus estudios de la transición del modo de producción feudal al capitalista. Pero no queda justificado que de esta concreta experiencia histórica se extraiga una especie de ley universal del desarrollo histórico.

un desenlace de extinción de la especie humana. Evitar que esto suceda implica un proceso de toma de conciencia y la decisión de pasar a la acción. A la voluntad de dominio que teorizó Nietzsche habrá que oponer la voluntad de autonomía que postuló Kant, la voluntad de independencia, soberanía y dignidad con que lucharon José Martí, Simón Bolívar y Tupac Amaru, y desde la cual ahora luchan

quienes los siguen o buscan emularlos. Sólo el motor consciente de los pueblos puestos en pie y echados a andar, movidos por el arma de la crítica y por su conciencia, hará avanzar la historia, superar el actual sistema global autodestructivo y opresor, emancipar a la humanidad toda y salvar al planeta. En esta lucha imprescindible e impostergable, Karl Marx sigue acompañándonos.